

## La nueva definición de la seguridad

Claus Offe

Claus Offe es catedrático de Ciencia Política en la Humboldt-Universität de Berlín. Es autor, entre otras obras, de *Arbeitsgesellschaft. Strukturprobleme und Zukunftsperspektiven* (1984), *Varieties of Transition* (1996), *Modernity and the State* (1996) y (con J. Elster y U. K. Preuss) *Constitutional Design in Post-Communist Societies* (1998). En castellano ha publicado *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales* (1998). El presente artículo apareció en *Blätter für deutsche und internationale Politik* 12/2001.

La monstruosidad sin parangón de los ataques del 11 de septiembre puede calibrarse teniendo muy presente el hecho de que jamás, fuera de contextos marcados por las guerras declaradas entre estados, un único acto de agresión organizada había provocado tantas víctimas civiles al mismo tiempo como sucedió en Nueva York y Washington. No parece muy arriesgado decir que estos hechos señalan una cesura histórica, cargada de consecuencias tanto en la política interior como exterior, y en este sentido cabría ponerlos, por su trascendencia, al lado de lo que sucedió en noviembre de 1989. Muy esquemáticamente cabría afirmar: el 9 de noviembre de 1989 Occidente perdió a su enemigo. El 11 de septiembre de 2001 ha vuelto a encontrar un enemigo.

También es singular la coincidencia del asesinato en masa y el suicidio colectivo e instrumental de (hasta) 19 personas. La cuestión es qué conexión de motivaciones y estructuras organizativas puede ser responsable de que el tabú humano del suicidio fuese neutralizado al servicio no sólo de un acto expresivo de delirio religioso, sino también de un plan coordinado y dirigido a un objetivo prefijado. Ya sabíamos de suicidios en masa en el seno de sectas religiosas y también de suicidios individuales al servicio de objetivos militares (kamikazes, atentados suicidas), pero hasta ahora no habíamos visto la combinación de ambos tipos de acción. (Prescindiré aquí de una consideración de las muertes de Stammheim y del caso de los *tigres* tamiles en Sri Lanka.) Esta combinación sólo puede explicarse en el trasfondo del odio organizado. Ni en las más audaces y disparatadas acciones de unidades militares se da el caso de que sus integrantes asuman la propia muerte como una simple eventualidad y menos aún —así sucedió aquí— que la provoquen ellos mismos de manera inapelable al servicio de su objetivo.

El «odio» es una emoción que se puede manifestar en la exigencia incondicional de dañar a su objeto, que con frecuencia es un colectivo. Pero el objeto del odio se define por lo que «es», no por lo que «tiene» (como en la emoción de la envidia) y tampoco por lo que «hace» o ha hecho (ira o rabia). El tener o hacer de un objeto social puede cambiarse (a través de la redistribución o mediante sanciones). El ser, por contra, sólo puede anularse. «En el odio mi hostilidad se dirige a una persona o a una categoría de individuos, considerados por antonomasia e irremediabilmente malos (...) La ira quiere que el malvado sufra, mientras que el odio lo que quiere es que deje de existir.»<sup>1</sup> El odio desencadena tendencias de acción que ponen en peligro no sólo al enemigo, sino también al que odia; éste actuará sin pararse a pensar en posibles perjuicios, por ejemplo en las sanciones penales que podría depararle su acción. El odio desconoce el cálculo de proporcionalidad: en los casos extremos las consecuencias de las acciones inspiradas en esta emoción causan un daño absolutamente desproporcionado e incluso desdeñan el daño que se infiere a sí mismo el que ejecuta la acción. A diferencia de otras emociones como la ira, la envidia, los celos, el duelo, la indignación, etc., el odio no es necesariamente una excitación penosa de los sentimientos. El odio puede compaginarse muy bien con la autocomplacencia derivada de una misión heroica (como puede deducirse con toda claridad de las manifestaciones políticas de Ernst Jünger en los años veinte). No se sabe de dónde procede exactamente esta renuncia a la ponderación de las consecuencias de la acción, tanto según el criterio del interés (propio) como de los valores (por ejemplo, las vidas ajenas). Los autores de los ataques no sólo despreciaron radicalmente la vida propia y la ajena, sino que también —hasta

<sup>1</sup> John Elster, *Alchemies of the Mind*, Nueva York 1999, pp. 65, 67.

donde sabemos–, y a diferencia de otras actividades terroristas de formato comparativamente menor (como las de ETA), prescindieron de cualquier presentación de sí mismos, de la formulación de exigencias y objetivos, no buscaron legitimarse públicamente. Si lo señalado cuadra con la índole de las motivaciones de los autores, la conclusión sería: puesto que el odio no ha sido generado por lo que ha «hecho» su objeto, entonces éste puede hacer muy poco para desviar el odio de sus enemigos. Sólo, en todo caso, un cambio radical de identidad podría llevar a que dejase de ser aquello –sea lo que sea– que constituye el objeto del odio. El predicador Jerry Falwell tiene toda la razón: si los americanos hubiesen seguido en bloque a su secta, posiblemente no les habría pasado nada...

Sociológicamente, de todos modos, hay que excluir que el odio y las acciones concomitantes fuese *ordenado* en un marco jerárquico o *comprado* mediante la atribución garantizada de determinadas ventajas. El odio más bien –si no se trata de un fenómeno psicopatológico individual– requiere como contexto de formación una certidumbre de fe de base religiosa y compartida colectivamente que se apoya en una imagen determinada de un orden divino del mundo y de los deberes que de ello se derivan. Componente necesario de esta certidumbre es el constructo de una *vida después de la muerte* así como la idea de que el cumplimiento incondicional y sin (auto)compasión del mandato divino será recompensado en el más allá. (Este tipo de certidumbres quedan claras en las notas personales de los autores de los atentados descubiertas posteriormente.) Pero incluso esas construcciones basadas en la fe sólo pueden surgir en interrelación con condiciones contextuales de índole política y socioeconómica, que les confieren una cierta plausibilidad. La configuración del «más acá» no vale la pena; lo que le queda a un fatalismo tal es el paradisíaco «más allá» con sus 72 vírgenes.

La conexión hipotética del odio con este tipo de certidumbre basada en la fe implicaría que el odio como emoción no puede ser organizado de acuerdo a una racionalidad de fines. En todo caso, la predisposición ya existente al odio puede ser activada y alentada suprimiendo, eventualmente, cualquier consideración residual que pueda persistir acerca de la dimensión de la (auto)destrucción o impidiendo una percepción adecuada del objeto del odio a través de la deprivación cognitiva. A diferencia de la emoción del temor, la emoción del odio no podría ser producida y condicionada con arreglo a un plan. Esto vale al menos para la combinación de voluntad destructiva y disposición a la autoinmolación, una disposición que no se puede enseñar ni inculcar. Hay que concebir esta disposición como el resultado básicamente no manejable de procesos de socialización políticos y/o religiosos que nos parecen patológicos y de sus contextos sociales. En esta medida yerra también la interpretación que veía los ataques como algo planeado y provocado por instancias superiores, por «hombres en la sombra». La idea según la cual tras los actos o los actores habría un *master mind* que ha desencadenado los hechos bajo su responsabilidad, incurre en un error categorial. El presidente americano declaró ante el Congreso: «Al Qaeda se comporta respecto al terror como la mafia respecto al crimen». Sociológicamente es un diagnóstico equivocado. Más bien el ataque fue la obra «autónoma», todo lo perversa que se quiera, de sus autores, no la ejecución de una orden dada por «jefes». Probablemente la esquematización cognitiva de los ataques según el modelo de una conspiración planeada o de una agresión militar ordenada tiene algo de consolador, porque sugiere una perspectiva de prevención a través de la decapitación de la supuesta jerarquía. Pero las redes no pueden ser decapitadas, y menos aún una red de individuos que odian. Esto no excluye evidentemente que (como indican numerosos indicios) haya existido en el entorno de Bin Laden un centro de dirección a partir del cual se coordinasen y financiasen los ataques, y se preparase su logística. Pero un centro de dirección así sólo habría aunado la energía agresiva, no la habría creado. Por lo demás, puede desplazarse fácilmente a otro lugar y reconstruirse, si ha sido destruido en su lugar inicial, mientras exista a disposición la materia prima del odio, que basta con transformar en acción coordinada.

### *La vulnerabilidad de la superpotencia*

Los acontecimientos de septiembre fueron excepcionales también porque los daños ocasionados no se limitaron a unas pérdidas exorbitantes de vidas humanas y de bienes materiales. Demostraron, asimismo, de una manera tan convincente como traumática, la vulnerabilidad y la indefensión de la única superpotencia que ha quedado, Estados Unidos. El error de creer que la seguridad puede garantizarse por los medios institucionalizados de la previsión policial, militar y de inteligencia, quedó al descubierto con todo dramatismo. La radicalización de la técnica de las armas guiadas mediante la introducción de sistemas humanos de dirección en bombas humanas la conduce a una escalada de reducción *ad absurdum*. Los daños causados no se limitan por tanto a la pérdida de vidas y propiedades. Incluyen también la destrucción total de la frívola creencia según la cual la gente que es capaz de relacionarse con aparatos e instrumentos técnicos modernos habría de estar familiarizada por eso mismo con los valores y principios básicos de la modernidad. Y culmina en el miedo paralizador a la repetición de actos a los que estarían expuestas, inermes, poblaciones enteras de un número indeterminado de sociedades occidentales. De aquí el cierre de filas atlántico, nacido no tanto de la coincidencia de intereses, valores y objetivos políticos, como del miedo y la inseguridad, un cierre de filas reeditado al menos transitoriamente e igualmente sin parangón, al menos en cuanto a su intensidad retórica. Desde el 11 de septiembre tiene vigencia una nueva definición de la seguridad según la cual ésta *no* existe porque se pueda atemorizar a los posibles agresores con las posibles sanciones según una lógica de disuasión, dado que los actores motivados por el odio, como se ha visto, pueden ser absolutamente inmunes al temor (a poner su propia vida en juego) y a las promesas de ventajas mundanas. El estado de seguridad física sólo se alcanzaría, en último término, cuando no existiese nadie que opusiese al colectivo que busca la seguridad la emoción de un odio generalizado.

Dos interrogantes de índole sociológica, estrechamente relacionados, se plantean y dominan el debate actual. Por un lado (1) la pregunta retrospectiva, y más bien teórica, acerca de la génesis del odio y la constitución del objeto odiado. Por otro (2) la pregunta prospectiva, y más bien práctica, acerca de las contramedidas apropiadas que podrían contribuir al restablecimiento de la seguridad.

Sobre 1. No faltan intentos de explicación (por no hablar de los intentos de justificación) que tienden a «endogeneizar» la aparición del odio, esto es, a atribuir a la política exterior y de seguridad americana, así como al papel económico de EEUU, una función (con)causal en lo relativo a las condiciones psicológico-políticas de surgimiento del odio. Esto equivaldría a una banalización racionalizadora del odio, reducido a mera indignación por lo que hace EEUU. En el centro de tales reflexiones se sitúa el papel de EEUU en el conflicto palestino-israelí. (En la concatenación de ideas de esta explicación figuraría, además, la hipótesis de que los países de la UE están mucho menos expuestos, si es que lo están, a ataques terroristas como los del 11 de septiembre porque ni de lejos se han situado en una posición tan favorable en lo político y lo militar a Israel como EEUU.) Podría conceptuarse como una aceptación implícita de este tipo de explicación por parte de la Administración estadounidense el hecho de que ésta haya manifestado por primera vez que considera seriamente «la “idea” de un estado palestino», a la vez que critica con una dureza desconocida y de manera totalmente pública a los dirigentes de Israel. Pero tales concesiones y autocorrecciones de la política de EEUU son simples efectos secundarios de la lucha contra el terrorismo; por decirlo así, «bienes colaterales».

El conflicto del Próximo Oriente y la frustración, una y otra vez, de la formación de un estado nacional palestino están sin embargo –al margen del limitado papel de EEUU en la historia de su fracaso– muy lejos de ser un gravamen panárabe y, no digamos ya, panislámico. Un síntoma de la naturaleza del conflicto podría ser que entre los autores de los atentados no hubiese un solo palestino.

Su conflicto con Israel no fue mencionado en las primeras manifestaciones de Bin Laden. La derrota iraquí en la guerra del Golfo, por otra parte, sólo es vista en una porción mínima del mundo islámico como una humillación inferida por EEUU. A la vista de la muy matizada y muchas veces puramente retórica solidaridad de las elites y de lo que no son elites del mundo islámico con la causa palestina, puede decirse, cuanto menos, que la explicación de la génesis de los sentimientos extremos de odio relacionada con Israel se queda muy, pero que muy corta. A eso cabe añadir que los reproches que se pueden hacer con buenos argumentos normativos a la política exterior, militar y económica norteamericana, cuyos máximos símbolos arquitectónicos fueron objeto de los atentados, encuentran puntos de apoyo sobre todo en regiones del mundo *fuera* del islam. La fecha elegida del 11 de septiembre no remite en modo alguno al 11 de septiembre de 1973, esto es, la fecha del golpe militar de Pinochet en Chile auspiciado por EEUU. Los regímenes autoritarios que la política exterior americana ha ayudado en otras partes a instaurar, de Chile a Vietnam, están firmemente asentados en los países islámicos en modos muy diversos pero absolutamente *al margen* de la acción americana; se apoyan incluso, en la medida en que se han construido como factores de inestabilidad militar regional, sobre la hostilidad política y militar hacia EEUU (como los casos de Irak, Irán, Pakistán, Siria, Yemen y Libia). Hay una gran diferencia entre el fundamentalismo islámico y los movimientos revolucionarios de resistencia y liberación del «tercer mundo», con su orientación antiimperialista y antiamericana relativamente racional, porque sus motivaciones parecen totalmente ajenas a los objetivos de revolución nacional y social de éstos. Tiene mucho que ver con ello el hecho de que actualmente no hay ni un solo país que pueda considerarse aproximadamente liberal-democrático en el mundo árabe y que la ola universal de transiciones a la democracia haya pasado de largo, sin hacerse notar, en esta región del mundo, con la sintomática excepción de la fracasada tentativa democrática de Argelia. También tiene mucho que ver la circunstancia de que los países islámicos, de los que sin duda algunos países productores de petróleo forman parte del grupo de cabeza a escala mundial en cuanto a ingreso por habitante, presentan una gran variedad de estructuras socioeconómicas y en modo alguno puede decirse que representen en conjunto a una población sumida en la miseria.

Por eso parece que el efecto de provocación de odio de Estados Unidos estriba menos en lo que «hacen» o hayan hecho sus elites políticas y económicas que en aquello que «son» y representan en sentido cultural y moral: un complejo, condenado como «diabólico», de modelos y valores libertarios-individualistas y seculares, contra cuya capacidad de penetración se imaginan indefensas las fuerzas reaccionarias-fundamentalistas del mundo islámico, por lo que propenden a reacciones pánicas impulsadas por el odio. Otra explicación se limita a señalar que Estados Unidos se había perfilado como objeto preferente de odio únicamente porque como potencia económica y militar máxima, y por su aureola de invulnerabilidad, se presentaba simplemente como el blanco más rentable a escala mundial para las ambiciones terroristas. En verdad, no hay en Europa edificios cuya destrucción hubiese podido generar un efecto simbólico global y concatenado comparable.

Sobre 2. El mismo 11 de septiembre el presidente americano calificó de «guerra» el ataque. El uso de esta metáfora no tiene mucho más que el sentido táctico de centralizar las atribuciones de mando, movilizar los recursos de la OTAN, aligerar la carga de la prueba (por ejemplo sobre la «autoría» de Bin Laden o Al Qaeda), activar los resortes de la cohesión nacional y establecer el primado de la política exterior. Pero no pasa de ser una caracterización metafórica del conflicto, porque no hay declaración de guerra ni un enemigo bélico identificado, no hay un campo de batalla identificable, y sobre todo no hay un objetivo bélico que pudiese ser alcanzado alguna vez de manera ostensible mediante la neutralización efectiva del potencial de agresión enemigo, la capitulación y la firma de un acuerdo de paz. Por otra parte, también sería inadecuada la categoría de «delito» terrorista por-

que, de un lado, los autores directos se habrían castigado ya ellos mismos con la muerte y, de otro, porque —entre otras cosas por la resistencia que ha opuesto hasta ahora EEUU— no existe un tribunal penal internacional ante el cual pudiesen ser llevados los hechos, los autores y sus colaboradores para su sometimiento a un proceso respaldado por una legitimidad de carácter mundial. El uso de la metáfora de la guerra apela a la disposición de la población a identificarse con virtudes bélicas como la resistencia, la dureza, la resolución, la unidad y la renuncia. Además, con la esquematización amigo/enemigo que le es propia, marca la perspectiva de una militarización temporalmente ilimitada de la política interior americana y también de las relaciones internacionales del llamado mundo «civilizado» bajo hegemonía de EEUU. El reverso de esta militarización podría ser la despoliticación de las relaciones políticas internas y exteriores, el desplazamiento de los temas políticos conflictivos «normales» al ámbito de lo ilegítimo y el predominio de una política secretista alejada de la publicidad con consecuencias directas especialmente en la política de inmigración así como en el contenido operativo de los derechos fundamentales en su conjunto, y no sólo en EEUU. (Una portavoz de la organización liberal de derechos civiles norteamericana ACLU afirmaba: «Las detenciones secretas de más de 800 personas en las pasadas semanas se parece terriblemente a la práctica de las dictaduras latinoamericanas de hacer “desaparecer” sin más a la gente.») Este panorama se distingue de los momentos cumbres de la guerra fría entre otras cosas por el hecho de que la hegemonía de EEUU se extiende a una área territorial mucho mayor e incluye actualmente también, como dato muy significativo, a Rusia.

*Deberes que  
implican derechos*

La «guerra» antiterrorista está mucho menos inmunizada frente al peligro de una escalada que la guerra fría con su lógica disuasoria de la *mutually assured destruction* (MAD) y el «equilibrio del terror». La guerra fría estuvo limitada, evidentemente, por la expectativa de cada una de las partes de que la otra preferiría sobrevivir a no sobrevivir. Esta hipótesis, sin embargo, queda descartada en el caso de enemigos movidos por el odio, como se ha dicho. Además, en este tipo de guerra son prácticamente imposibles de cumplir las dos exigencias de justicia que serían obligadas: la exigencia de que los destinatarios de los actos de represalia sean fehacientemente los «culpables» y la exigencia complementaria de que las personas inocentes no sean víctimas de «daños colaterales». Michael Walzer tiene razón cuando afirma en relación a estos dos criterios: «Si no los cumplimos defendemos nuestra civilización imitando a los terroristas que la atacan.» ② Si se añade un tercer criterio, el de la eficacia *preventiva* de las intervenciones militares, es decir, su efecto disuasorio, resulta aún más difícil obtener éxitos legítimos. Peor aún: Bin Laden y sus seguidores obtendrán un carisma y un apoyo solidario que difícilmente habrían conseguido por sus propios medios en el mundo islámico. Si las hipótesis indicadas son correctas y el terrorismo no sigue una lógica militar de órdenes, obediencia y planificación jerárquica, sino una lógica de odio y disposición a la autoinmolación, entonces no se conseguirán los efectos preventivos de carácter general que se buscan, ni siquiera en el caso de ataques militares de gran precisión, y en su lugar se producirá una serie de actos demostrativos de «represalia por la represalia», es decir, se asistirá a una escalada y a la perpetuación del conflicto.

Por otra parte, la rabia y la indignación, la profunda y justificada indignación moral y el simple miedo, que se han apoderado no sólo de la población americana, no permiten a la Administración americana actual (y a cualquier otra que se pueda pensar) renunciar al uso de medios militares. Motivos de orden interno hacen que el presidente americano no pueda permitirse no utilizar esos medios, con independencia de las reservas en cuanto a su efectividad. La Administración americana —como en

el caso de la intervención en Kosovo— deberá esforzarse mucho para vender como éxitos las consecuencias efectivas y reales de sus iniciativas militares. Y eso sólo puede hacerse desplazando los objetivos: primero se trataba de detener a Bin Laden; luego de derrocar al régimen talibán y sustituirlo por otro; y un día, quién sabe, se tratará tal vez de convertir a Uzbekistán en un aliado leal de EEUU. Sin embargo, apoyado y en parte acuciado por los medios de comunicación, el gobierno de Bush se ha esforzado con notable diligencia y precisión en poner en claro, tanto hacia adentro como hacia fuera, lo «diferente» que es y será esta «guerra», que se necesita una combinación de medios militares, diplomáticos, policiales, humanitarios y de inteligencia, que será difícil documentar una «victoria» propiamente dicha, que no se trata de una guerra entre estados o entre civilizaciones, etc.

No puede perderse de vista, en todo caso, que la nueva situación de conflicto internacional ha creado una estructura de oportunidades que ofrece a determinados intereses económicos y, aún más, políticos la perspectiva de un ubérrimo botín de *windfall profits*. Y así la materialización de proyectos políticos que sin ella no habría tenido apenas posibilidades se convierte en cosa de días o de semanas. La República Popular China logra ingresar sin problemas en la OMC, Putin obtiene una «reconsideración» de la guerra de Chechenia, la industria aeronáutica consigue un gigantesco programa de subvenciones y luz verde para un nuevo proceso de fusiones, los conflictos de intereses entre EEUU y la UE son neutralizados, el suministro del mercado de drogas británico con opiáceos procedentes de Afganistán queda eficazmente interrumpido, la liberalización del tráfico de personas en la frontera sur de EEUU y en la frontera este de la UE anteriormente casi decidida queda de golpe fuera de la agenda, un ruidoso partido de *law&order* obtiene un insospechado apoyo electoral, y apenas se manifiestan objeciones a la orden de busca y captura (con sus positivos efectos laterales en lo relativo al blanqueo de capitales y la evasión fiscal). De pronto todos están «en el mismo barco». El paisaje aparece cubierto por un manto de *political correctness*. Dos tercios de los ciudadanos americanos se muestran, según las encuestas, favorables a la suspensión de la Constitución en pro de la lucha contra el terrorismo. En una revista se expone la propuesta de autorizar a la policía el uso de la tortura para obtener informaciones. En pocas semanas las consecuencias del 11 de septiembre generan una nueva combinación de la política nacional e internacional, de sus temas y actores.

Al poco tiempo de la catástrofe de Nueva York y Washington, las democracias de Europa Occidental se han visto puestas a prueba, tanto en política interior como exterior, al contraponerse de forma imprevista y perentoria dos campos diferenciados. Por un lado están los partidarios de una solidaridad «incondicional» con EEUU, que en nombre de la «seguridad» y mediante la dramatización marcial de los posibles escenarios amenazadores querrían predisponer a la población para la guerra y uniformarla en política interior a partir de imágenes contundentes del adversario. A tal fin se acepta no sólo la quiebra de principios liberales, sino también el oscurecimiento de las perspectivas de resultados civilizatorios del apenas esbozado «diálogo intercultural» con el mundo islámico. Con evidentes signos de complacencia los medios de comunicación alemanes propalaron a comienzos de noviembre de 2001 la noticia de que se habían registrado «los primeros casos de ántrax» en Alemania; se habla así de sucesos cuya materialización es segura, pero de los que todavía se ignora la fecha, como si de tratase de las primeras nieves. Y por otro lado está una abigarrada coalición de aprovechados políticos de las emociones pacifistas y del resentimiento antiamericano, sí, pero también de todos aquellos que se inquietan cada vez más ante la falta de objetivo, sentido y resultados de la iniciativa bélica americana en Afganistán, ante sus «daños colaterales» ya acaecidos y previsibles, así como ante la fuerte movilización que provoca esta guerra entre los seguidores del fundamentalismo islámico, desatendidos e inermes en el plano moral.

La alianza internacional, de un alcance sin precedentes, para la lucha contra el terrorismo puesta en pie en pocas semanas por EEUU impone deberes militares y diplomáticos a sus integrantes. Sin embargo, la «solidaridad» con los americanos sería solamente viable (y más auténtica, incluso) si prescindiese de la ficción de una comunidad de amenazados, de la propaganda de que todos estamos «en el mismo barco». Pero sin esa ficción el cierre de filas que se pide sería más trabajoso, como lo es de todos modos en Europa día tras día. Por lo que se refiere a los miembros europeos de la alianza, actúan como estados nacionales, no como socios comunitarios de la tan traída y llevada política exterior y de seguridad europea (que habría tenido una buena ocasión de acreditarse en tanto «identidad europea de seguridad»). En lugar de eso observamos una clara gradación intraeuropea de niveles de solidaridad, con el Reino Unido como protagonista indiscutido, seguido de cerca por la República Federal Alemana, mientras que franceses y belgas secundan con bastante menos entusiasmo el cierre de filas atlántico y las obligaciones militares que conlleva. Pero estos deberes presuponen algunos derechos, que habrá que demandar a la corta o a la larga: el derecho a ser consultado e informado, el derecho a que sean de alguna manera tenidas en cuenta por la potencia hegemónica las reservas (puestas en sordina sólo temporalmente) frente a su política de seguridad, su política económica y su política en Oriente Próximo. Aunque sea por motivos de política interna, los gobiernos europeos «incondicionalmente» solidarios no podrán permitirse, a la larga, hacer renuncia de estos derechos.

Finalmente, cualquier participante u observador de esta guerra metafórica concluirá que los éxitos que puedan alcanzarse no dependen primariamente de la utilización de medios como la represalia militar y la represión, sino del ejercicio de una influencia civilizadora en los contextos de donde surge el odio. La cuestión a este respecto es qué parte ganará en el «metaconflicto», total y absolutamente no militar, acerca de la definición del conflicto: ¿se trata de un conflicto entre el mundo islámico y los arrogantes, rapaces y corruptos paladines de la racionalidad occidental? ¿O se trata de un conflicto entre partidarios de unos criterios mínimos de convivencia civilizada que obligan a toda la humanidad y bandas despreciables de bárbaros fanáticos? Los esfuerzos que exigiría que la segunda interpretación se alzase con la victoria, también por parte de aquellos cuyo entorno vital, tanto en lo material como en lo ideal, les predispone sobremanera a aceptar sin más la primera lectura, van mucho más allá no sólo de la movilización de recursos militares, sino también del uso discrecional de miles de millones para la condonación de la deuda o para programas de ayuda humanitaria. Se trata de esfuerzos que han de poner obligadamente en juego las categorías más «suaves» de la acción política internacional: la institucionalización de los derechos humanos, la práctica del reconocimiento y la formación de un clima de confianza entre culturas y religiones, la garantía supranacional tanto de la estabilidad como del comportamiento pacífico de los estados, la apertura de perspectivas creíbles y justas de desarrollo económico, es decir, en conjunto medios en gran medida inéditos de política internacional y que deberían ponerse en juego a fin de privar de base a la primera de las interpretaciones del conflicto por la vía de un proceso de aprendizaje moral.

En lugar de eso persistimos en intentos de derrotar militarmente al terror, como si todavía tuviese vigencia la vieja definición de la seguridad y como si se pudiese luchar contra el odio enseñando a sus protagonistas lo que es tener miedo. Pero el principio digno de atención de que no debe dejarse de intentar nada que contribuya a poner fin a la acción infinitamente despreciable de los terroristas, pierde tanto su racionalidad como su fuerza moral cuando se hace evidente que atenerse a él conllevará sobre todo el daño colateral de acabar con la capacidad de aprendizaje de todos los implicados.

